

EL REGALO DEL SACERDOCIO A LA FAMILIA DEL CENÁCULO MISIONERO

“El sacerdocio es un regalo infinito y eterno que Dios por su misericordia ha tenido a bien regalarnos.” P. Tomás Judge

P. Judge insistía que cuando miramos a un sacerdote celebrando *"el santo sacrificio,"* él es el mismo Cristo de la cruz, *"la víctima es Jesús y el sacerdote supremo es Jesús."*

Para el P. Judge, la asistencia frecuente a Misa y a la Eucaristía era similar a subir al cenáculo, *"a la habitación del piso superior,"* un lugar dónde los apóstoles fueron refrescados e iluminados.

En sus reflexiones él escribió que *"la Eucaristía es el sol y centro de nuestra vida de fe"*. Es allí, dónde el sacerdote debe *"recoger las aspiraciones y suspiros espirituales"* del creyente, ha de ponerse de pie en medio de la asamblea y *"clamar perdón al Señor, ellos han de tomar el sitio de Jesucristo"*. *“Oh, ¡cuán agradecidos debemos estar en nuestra santa fe, sólo hay una Iglesia, una religión, y ésa es la Iglesia Católica, la santa fe de ustedes, porque sólo hay una víctima, un altar, un sacrificio, el sacerdocio de Jesucristo!”* *“¡Cómo nos gustaría hacer de nuestro sacerdocio un rico tesoro en la Iglesia! ¡Cómo quisiéramos recoger de la parte de la viña confiada a nuestro cuidado, una rica cosecha de almas para la vida eterna!”* (Meditaciones página 208)

Para el Padre Judge este es "un oficio serio" que supone "abnegado y sacrificado servicio". Que implica que los ordenados hemos de "ver con los ojos de Jesús, oír con sus oídos y pensar con su mente."

Padre Judge vio su vida como un regalo de Dios a la Iglesia. Nuestros hermanos sacerdotes son tanto un regalo para la Iglesia como para la Familia del Cenáculo Misionero. Ellos son llamados a ser hombres de fe, profundamente convencidos de la misión. Ellos han de ser pastores, amigos, disponibles y comprensivos. El sacerdote ST es llamado a escuchar y tomar consejo como para poder guiar a otros en la jornada de vida en el Cenáculo y en la vida de la Iglesia. El sacerdote es llamado a ser un hombre de virtud, un maestro auténtico de fe. Él colabora con los

miembros de la Familia del Cenáculo Misionero en sus ministerios a través de su habilidad y buena disposición, de entablar su diálogo con Dios. Él trabaja con ellos en los desafíos e indecisiones de vida. De ahí la necesidad de su tener una fe íntegra. Porque “cada sacerdote es tomado de entre los hombres y puesto para intervenir a favor de los hombres en todo aquello que se refiere a Dios.” (Hebreos 5, 1)

Ser sacerdote, según escribió el Padre Judge, es un oficio serio; "un insistente llamado a la santidad". Se trata de encontrar maneras de estar en comunión con el creyente, vivir encarnado, tener un celo apostólico, una disposición y dedicación para vivir y testimoniar. Este “oficio serio” implica la capacidad de amor y fidelidad, identidad como discípulo y misionero.

La identidad del sacerdote ministerial en el Cenáculo ha de concebirse y vivirse como don de Dios, en íntima relación con cada uno de los miembros de la Familia del Cenáculo Misionero. Ha de entenderse como un ministerio valiosísimo e importante en la misión de la Iglesia.

Todo Siervo Misionero sabe que "todo empieza en Dios, en Su amor, que Él nos amó primero" (1Jn. 4, 10-19), y que nos llama "en el aquí y ahora de nuestro pueblo" (Heb. 1, 1-2).

Hoy, estamos llamados en medio de "tanta merma en el número de personas alejadas de la Iglesia y de la religión organizada, las decenas de católicos bautizados indiferentes a su fe" (P. Gary). Estamos llamados en medio de mucha crueldad y miseria, iniquidad, lujuria, desorden y violencia.

Estamos llamados a buscar las nuevas e innovadoras iniciativas, haciendo de nosotros "pescadores de hombres" en el estilo y modelo del Buen Pescador.

Para hacer esto, algunos pasos importantes se me ocurren, producto de mi reflexión y lectura del Padre Judge. Pienso que el vivir nuestro sacerdocio es un "oficio serio". Padre Vicente se refería a las virtudes del Cenáculo como medios para fortalecer nuestros valores y transmitir el carisma.

Permítame reflejar en algunas de estas virtudes y cómo su práctica como sacerdote enriquece nuestra vida en la Familia del Cenáculo Misionero:

Simplicidad: vivir de una manera simple buscando la pureza de intención, siendo sinceros, verdaderos y genuinos, honrados en proceder, sin miedo de hablar la verdad. ¡Cuántos trabajos de amor la Familia del Cenáculo puede realizar si nosotros asumimos esta virtud llevando a cabo nuestro trabajo pastoral!

Humildad: la humildad como virtud nos invita a ser sacerdotes que reconocen el sacerdocio de todo Bautizado. La humildad nos invita a vivir en la verdad, no prestándose a la mentira, ser personas sinceras, transparentes, sin engaños. El propio Jesús es nuestro modelo de humildad: "¡él tomó nuestra condición humana," vivió humilde y sencillo, "Aprende de mí que soy manso y humilde de corazón". ¡Cuántos ejemplos y testimonios vivos hemos tenido de esta virtud de Humildad en la vida del Cenáculo!

Caridad: Dios infunde en nosotros un corazón amoroso, la fuente de todas las virtudes como está escrito en Corintios 13. Es la virtud que nos motiva a ser compasivos, al trabajo heroico y a las acciones extraordinarias. Nos invita a pasearnos en el mundo de la amistad, de la convivencia, la comunicación que nos permite el acercamiento amable, servicial, a rectificar y pedir perdón, a ser fieles y agradecidos. Son miles los miembros de la Familia del Cenáculo Misionero que nos han dado tantas lecciones en esta virtud. Una virtud que Jesús exigió de Pedro para entregarle el rebaño. Con mucho amor nosotros hemos de llegar al corazón de mucha gente. Era la única exigencia que pedía el Padre Judge de inmediato a aquéllos que pedían entrada al Cenáculo Interior. El amor mueve montañas.

Consejo: la toma de consejo ayuda a obtener claridad, libertad en las decisiones, motiva, enfoca, nos consigue equilibrio. El consejo nos consigue congruencia en los pensamientos, nos hace responsabilizarnos de nuestros actos. Tomando y dando consejo podemos dar una palabra acertada en un determinado momento, cuando intercambiamos ideas y

opiniones, cuando hacemos recomendaciones caritativamente contribuimos en la revelación del Reino de Dios.

Claramente, la vivencia de las virtudes nos lleva a cultivar un celo apostólico transformador en el esfuerzo por buscar esas "nuevas e innovadoras iniciativas" que necesitamos hoy para motivar y encauzar la fe de los fieles.

Necesitamos estar dispuestos a salir de nuestros Cenáculos, ser más atrevidos y valientes re-inventando nuestra misión, aún en la austeridad en que vivimos.

Todos nosotros necesitamos asumir nuestros roles como gracias de Dios a la Iglesia. El Padre Judge diría que cada alma en nuestro cuidado es un tesoro. Nosotros no podemos descuidar enseñar doctrina que alimente al alma. Ésto es Ad Fidem Servandam o preservación de la fe. En el Cenáculo tenemos que ser adoradores y contempladores de la Eucaristía.

La validez de la Eucaristía no depende de la santidad del celebrante. Benedicto XVI dice, "Cuanto más viva sea nuestra fe, cuanto más profundo, fervoroso y ardiente es nuestro amor por la Eucaristía, cuanto más ferviente nuestro espíritu de plegaria, mayor santidad conseguimos." La santidad es inherente a la naturaleza de la persona humana, según Lumen Gentium No. 39/41, todos estamos llamados a ser santos; es un don gratuito de Dios. Éste es un quehacer que nuestros sacerdotes en el Cenáculo no pueden olvidar.

Como persona "del Espíritu" debemos tomar en serio nuestro acompañamiento espiritual, permitiendo al Espíritu Santo actuar y obrar en las profundidades de nuestra realidad humana con todas sus contradicciones. Para esto, es importante descubrir a Dios en su Palabra. Prestarle atención a las Meditaciones del P. Judge. No hay una sola meditación que no cite un pasaje bíblico. La Palabra ha de convertirse en nuestra palabra. Alguien preguntó cómo hemos de responder a tantos problemas de hostilidad, indiferencia, escepticismo, resistencia, y escándalos en la Iglesia. No hay una sola solución fácil. Se

hace necesario sin embargo, que en el "hacernos defensores de la fe" tengamos un encuentro vivo acompañado con la Palabra Viva.

La regla de vida insiste que utilicemos seguido la Palabra. La reflexión constante y viviendo la Palabra nos da una seguridad y nos hace heraldos de Cristo. Hoy en día, necesitamos "un sacerdocio" santo, consciente del Señor, un signo de alegría, de fe en el Espíritu y en el Cristo resucitado.

Esto implica un movimiento responsable, equilibrado, eclesial, creativo, fiel, tenaz y renovador. Los fieles necesitan sentirse acompañados, apoyados y protegidos por sus ministros. Un sacerdote Siervo Misionero debe sufrir cada vez que los hijos se alejan de la casa del Padre. Su ministerio es hacer querer a Jesucristo. Un sacerdote Siervo Misionero, hijo vivo de la Familia del Cenáculo Misionero, sabe que su mayor alegría es vivir encarnado en la visión de nuestro querido Padre. El sacerdocio ST es y será siempre una invitación a la comunión, a la unidad, y a la alegría apostólica.

El Padre James Hayden, C.M., refiriéndose al Padre Judge decía que, "era un hombre fervoroso que nunca, a pesar de su grave enfermedad, dejó de tener un gran celo apostólico". Este ardor misionero que abre caminos y espacios, constantemente debe ser refundado, de otra manera muere. El sacerdocio como don debe revivirse, para que continúe dando vida. Cada día debemos redescubrir la belleza e importancia de nuestro ministerio ordenado para la Iglesia y el Cenáculo.

Este es y será el espíritu de la Familia del Cenáculo Misionero. Se trata de todo un movimiento valioso e importante como aquel día que el Padre Judge se reunió con esas primeras señoritas en Nueva York. Sigue siendo un don a la Iglesia. Para un discípulo y misionero de Jesús, nos dice **Aparecida***, es más que una condición, es una bendición. Perder la vida (Mt. 16,25), servir (Mt. 20,28), ser humilde y manso de corazón (Mt. 11,28) es la credencial de los discípulos o apóstoles. Redescubrir las Bienaventuranzas, mostrar que la Iglesia tiene la capacidad para promover y formar discípulos responsables es la misión de todos en el Cenáculo.

En fin, la espiritualización y capacitación de un laicado que vitalice la Iglesia sigue siendo una urgencia. Dios en su locura nos ha elegido (Jeremiah 1,5) su Familia del Cenáculo Misionero, cada hermana, hermano y sacerdote, para hacer este trabajo. "dejando de ser estático," "con toda una sensibilidad Vicentina especial," tomemos iniciativas y nos demos a meter el bote "lago adentro." Juntos busquemos a los excluidos y marginados, a los empobrecidos y rechazados. Como sacerdotes "en Persona Christi" y ungidos por Dios y "crucificados con Cristo" estamos especialmente invitados a promover sanación, liberación y transformación. La invitación a todos los bautizados es "configurarse con Cristo" (Paul VI) Ésa era la insistencia del Padre Judge al hablar de que "cada católico es un apóstol."

En resumen, el sacerdocio que se vive en el Cenáculo es uno vivido y arraigado en la gente, uno que nos da dicha y felicidad, abierto a los ministerios del laico en la vida de la Iglesia. Nos obligan a ser promotores de una "espiritualidad Eucarística" en la Familia del Cenáculo Misionero.

PREGUNTAS:

1. Hoy, ¿cuál es tu motivación y la de otros que se sienten llamados a seguir y configurarse con Cristo?
2. ¿Cómo podemos lograr una "auténtica coherencia" entre nuestro ministerio de vida diaria y una relación con aquéllos que son llamados al sacerdocio en el Cenáculo?
3. ¿Qué debemos hacer para asegurar que los ministros sacerdotales sean parte de la comunidad local y para que seamos todos misioneros?

Padre Victor Santiago ST

Marzo 2010

* **Aparecida:** La Conferencia Episcopal Latinoamericana y Caribeña que se reunió en Aparecida, Brasil en el año 2007. El documento final llamado "Aparecida" es un desafío concreto a "fomentar la responsabilidad de las personas laicas en el mundo de construir el Reino de Dios."